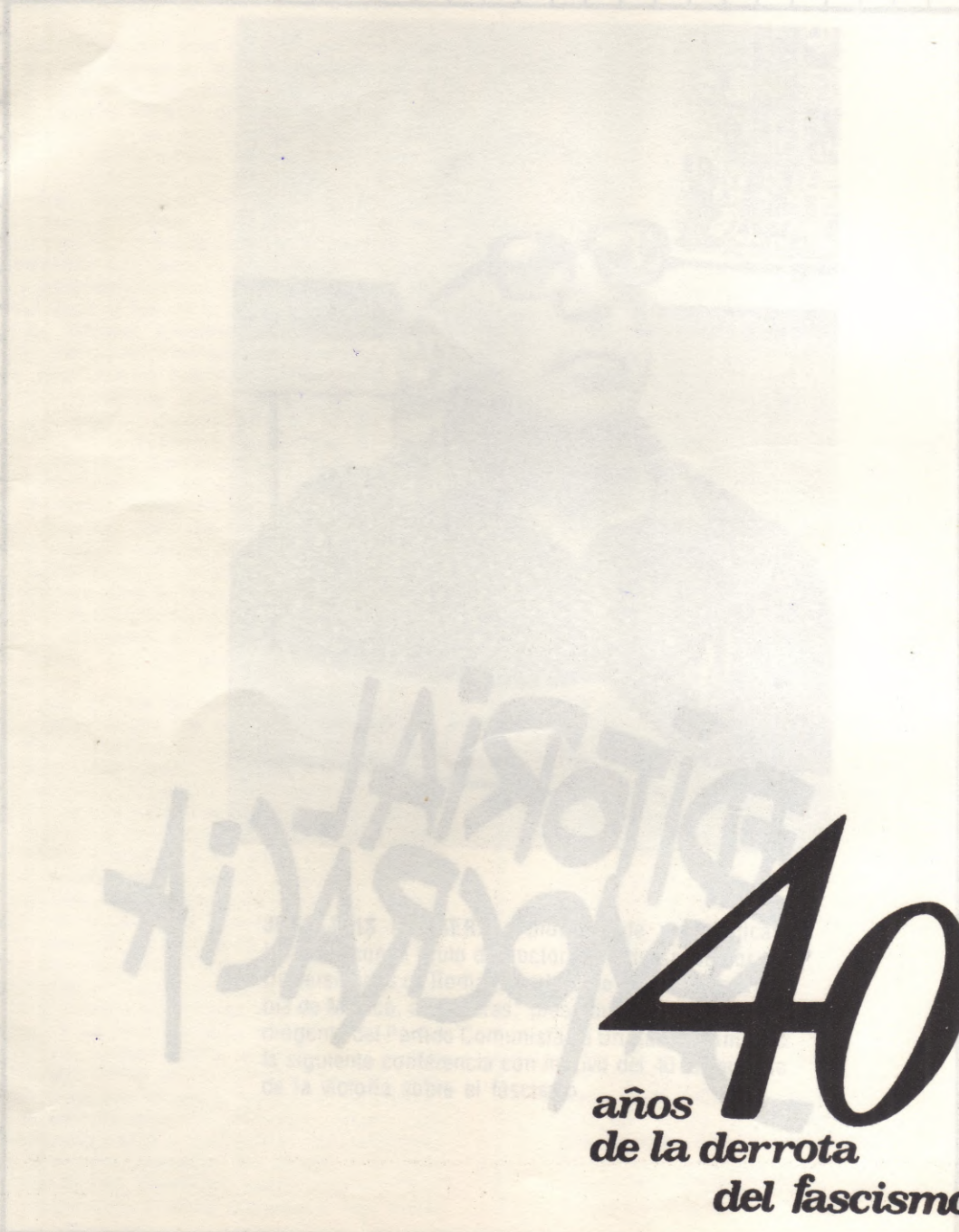




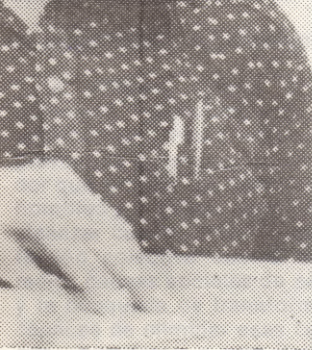
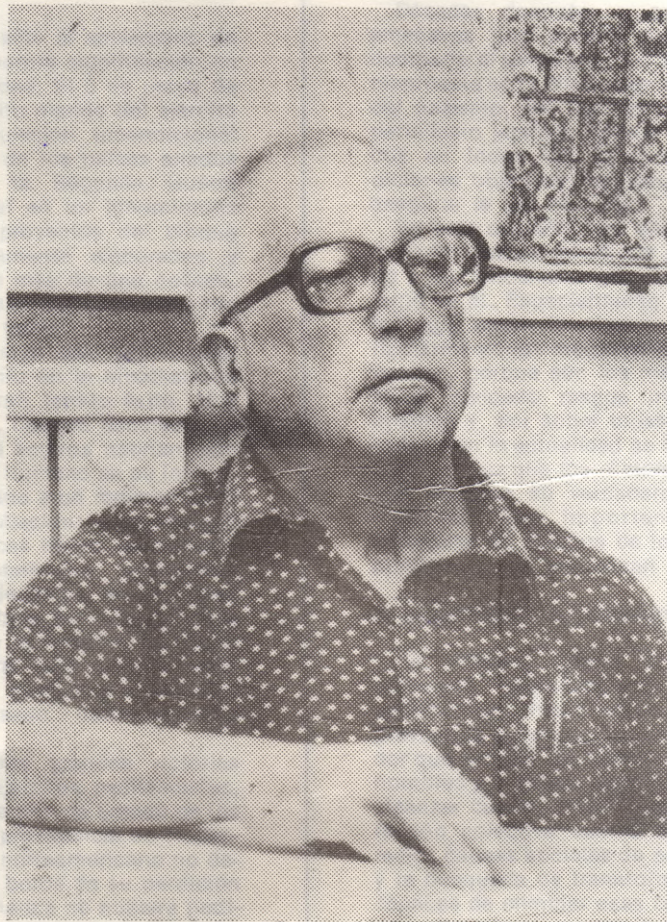
40
años
de la derrota
del fascismo



40
años
de la derrota
del fascismo

EDITORIAL DEMOCRACIA

del fascismo
de la derecha
años



CONFERENCIA MASSERA ACTO POR LA PAZ

Señor Embajador de la URSS, compañero Iuri Lebedev, señores representantes de Gobiernos de países amigos, amigas y compañeras, amigos y compañeros

Celebramos con este acto el aniversario de un acontecimiento de enorme significación en la historia de la humanidad. El 8 de mayo de 1945, hace 40 años, el alto mando del ejército alemán firmó su capitulación incondicional ante los representantes de los países aliados que lo derrotaron en la Segunda Guerra Mundial. Terminaban así en un ignominioso desastre los planes y proyectos del bloque nazi-fascista, cuidadosamente elaborados y preparados a lo largo de más de una década, para alcanzar un férreo e indisputable dominio sobre toda la faz de la tierra.

Para calibrar plenamente ese significado, basta pensar un momento en la hipótesis de que esos planes hubieran tenido éxito. Una sombra tenebrosa, letal, hubiera oscurecido a todo el mundo; pueblos enteros habrían sido exterminados; el género humano en su integridad habría sido condenado a un régimen atroz de sometimiento y explotación; todo vestigio de libertades democráticas habría desaparecido; habrían sido brutalmente aplastados, quién sabe por cuantos decenios, las seculares aspiraciones de los pueblos por avanzar hacia formas sociales en que la miseria, la explotación y la injusticia fueran radicalmente borradas y relegadas a la condición de tristes recuerdos de un pasado definitivamente clausurado.

A raíz de las primeras grandes victorias alcanzadas contra los ejércitos nazifascistas, en 1942, Stettinius, Secretario de Estado de los Estados Unidos bajo la presidencia de Roosevelt, afirmó: "El pueblo norteamericano no debe olvidar que estaba al borde de su perdición en 1942. Si la Unión Soviética no hubiera podido resistir a los alemanes, éstos hubieran tenido la posibilidad de ocupar la Gran Bretaña, conquistar Africa y después crear una cabeza de playa en América Latina". Pese a que la frase trasunta los puntos de vista egocéntricos del imperialismo norteamericano, ella es básicamente justa y calibra lo que para todo el mundo hubiera significado una victoria nazi en la guerra. La propia alianza de gobiernos y pueblos, de proporciones gigantescas, nunca conocidas antes en la historia mundial, que logró evitar ese desastre, reposó, en definitiva, en la comprensión del tremendo peligro que amenazaba a toda la humanidad. En definitiva, fue la enorme gravedad del peligro y la conciencia de que afectaba a todos, lo que permitió forjar esa alianza superando las moti-

vaciones muy diferentes que tenían sus diversos componentes y las hondas contradicciones que tendían a separarlos, que ya pusieron de manifiesto con crudeza al acercarse el fin de la guerra y que explotaron virulentamente apenas ésta terminó

Décadas después, y pese a las graves amenazas que todavía subsisten, podemos compartir el juicio positivo de la historia que se manifiesta en la afirmación de que: "La derrota del nazismo, del fascismo italiano y del imperialismo japonés originó cambios gigantes en todos los continentes y creó condiciones objetivas, radicalmente nuevas, para asegurar la paz mundial"

En esta ocasión, nos parece útil recapitular los principales hechos que pautaron ese período y las tendencias que se manifestaron a lo largo de él. Especialmente porque muchos de los que están hoy aquí congregados, particularmente los más jóvenes, no vivieron esos hechos, porque aún los más maduros pueden haber olvidado rasgos importantes de los mismos y, por sobre todas las cosas, porque todavía en la actualidad se intenta presentarlos bajo una luz que los distorsiona gravemente y que falsifica su verdadero significado, que mantiene una importancia central para orientarse en muchos de los más importantes problemas que preocupan al mundo actual.

El surgimiento del fascismo y el nazismo

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) conmovió profundamente a Europa. Los sufrimientos, hasta entonces inauditos, que provocó la guerra fueron un poderoso catalizador que sacudió las conciencias de millones de hombres y mujeres, abrió paso a la voluntad de alcanzar cuanto antes la paz e impulsó la reflexión colectiva acerca de cuáles eran las reales causas sociales de semejante catástrofe y la búsqueda de transformaciones profundas capaces de eliminar esas causas, afianzar una paz duradera y resolver los problemas seculares de la miseria, la explotación y el sojuzgamiento que sufrían las masas de trabajadores de todos los países. Al chovinismo primitivo, alimentado por los diferentes gobiernos y por sus enloquecidos aparatos de propaganda, que llevaba a que las gentes humildes de las diferentes naciones se asesinaran unos a otros en los frentes de batalla, sucedió progresivamente la idea internacionalista de que, por encima de las fronteras, esas gentes empezaran a comprender que, en esencia, eran todos hermanos. En todos aquellos frentes empezaron a producirse encuentros de fraternización de soldados de las diferentes nacionalidades, que socavaban hondamente la concepción misma de la guerra

Se estaba creando en Europa una situación revolucionaria de carácter general.

Ello derivó en el estallido, en 1917, de la Revolución Rusa. Pero no fue la única, aunque aquélla se distinga de las otras, entre otros rasgos esenciales, por la perdurabilidad de la nueva organización social y estatal que implantó. Pero hubo importantes movimientos revolucionarios en Alemania, en 1918; triunfó y se afianzó varios meses en el poder la revolución húngara de 1919; en Finlandia, Italia, Francia y otros países hubo movimientos revolucionarios de diversa importancia que fueron duramente reprimidos o que abortaron por insuficiente preparación de quienes los encabezaban o de falta de maduración de las condiciones objetivas en el respectivo país. Casi en las antípodas, pero también influenciada por la conmoción provocada por la crisis del sistema mundial que precedió a la guerra y por la guerra misma, empieza a desarrollarse la Revolución China, encabezada inicialmente por Sun Yat-Sen.

Las clases dominantes y los gobiernos de las diferentes potencias advirtieron con horror el peligro que para ellas entrañaban estos movimientos revolucionarios. Se coaligaron todas para aplastar por las armas a la Revolución Rusa, pero fueron derrotadas. Apoyaron con sus ejércitos a Horthy para que ahogara en sangre la revolución húngara y se convirtiera en el primer dictador de características fascistas; hicieron lo mismo con el mariscal Mannerheim, para aplastar a los revolucionarios finlandeses. Alentaron y ayudaron a Mussolini para que, en Italia, fundara en 1919 el movimiento que él mismo bautizó con el nombre de Partido Fascista, que, en 1922, se apoderó del Estado e implantó un régimen de brutalidad represiva, que renegaba abiertamente de la democracia como forma de gobierno.

En fin, en Alemania un oscuro personaje, Hitler, fuertemente apoyado por los magnates de la gran industria, va conglomerando su Partido Nacional-Socialista —los "nazis", como luego se les llamó abreviadamente— y, en un "incontenible ascenso", llega a ser Canciller en 1933 y, un año después, pasa a detentar todo el poder. Desde el gobierno, y por la acción directa de los nazis y sus destacamentos paramilitares de asalto, instauró un régimen de represión sangrienta y brutal, ante el cual los métodos de Mussolini empalidecieron; con su panfletario "Mein Kampf" ("Mi Lucha"), azuzó una desenfrenada campaña antisoviética y antisemita, llevó al rojo vivo el chovinismo alemán, elevando a los alemanes a la categoría de "raza superior", destinada a dominar el mundo, y, en primera instancia, a conquistar la Unión Soviética, exterminando su pueblo, para obtener "espacio vital" para

Alemania. Se apoyaba para ello en las tendencias revanchistas —Alemania había sido derrotada en la primera guerra— y en el renacimiento del militarismo y del armamentismo alemanes financiados por los magnates del Ruhr y las potencias imperialistas occidentales, ya desde 1929, que coincidían con Hitler en el objetivo primordial de aplastar a la Unión Soviética.

Sin embargo, en Francia, junto con círculos financieros y políticos poderosos que simpatizaban con Hitler y lo apoyaban descaradamente, había otras fuerzas que temían que el expansionismo alemán y la teoría del "espacio vital", pudiera ser dirigido contra su país. A raíz de ello se firmaron acuerdos con la Unión Soviética tendientes a garantizar la paz y a detener la agresión, que culminaron en el tratado franco-soviético de asistencia mutua de 1935; la ratificación del mismo, sin embargo, se demoró un año, por la obstrucción del gobierno francés encabezado por el fascista Laval; por la misma razón, no se llegó a concretar un convenio militar que diera efectividad práctica al tratado. Circunstancias análogas rodearon la firma del pacto similar que la URSS firmó con Checoslovaquia, otro país que estaba inmediatamente amenazado por Hitler.

La guerra civil española

España pasó a jugar un papel importante en el drama europeo que se estaba desarrollando. Por vía electoral, cayó la monarquía en 1931 y se estableció la República; en las elecciones de febrero de 1936 triunfa el Frente Popular izquierdista. Pero los acontecimientos se precipitan: en julio de ese mismo año, el general fascista Franco invade España desde Marruecos; muy poco después Alemania e Italia fascistas empiezan a enviar armas y tropas a Franco. La guerra civil española se convierte así, inmediatamente, en una conflagración internacional, estrechamente vinculada a los planes de agresión nazifascistas.

El pueblo español se organizó inmediatamente para resistir, con las armas en la mano, la agresión del fascismo español, alemán e italiano coaligados. Su heroísmo se expresó, en particular, en el hecho de que, durante casi tres años, los fascistas no pudieron penetrar en Madrid. Pero, obviamente, no podía derrotar a un enemigo interno que estaba descaradamente apoyado por dos poderosos estados. En esa situación, el gobierno del Frente Popular francés, encabezado por el socialista León Blum, propone a todos los países concertar un acuerdo de "no injerencia" en los asuntos de España. La Unión Soviética e Inglaterra adhirieron, al principio, a esa propuesta. Pero los Estados fascistas no lo hicieron. En tales circunstancias, la URSS



denunció la farsa de la no intervención y ya en octubre del 36 empezó a enviar armas, incluidos cañones, tanques y aviones —los célebres “chatos” de la defensa de Madrid— al gobierno republicano y al pueblo español. En cambio, los gobiernos de Francia e Inglaterra se escudaron hipócritamente en la no intervención, para negar toda ayuda al gobierno republicano actuando, de hecho, como cómplices de los agresores; inclusive, ya en 1937, reconocieron al gobierno de Franco y enviaron sus diplomáticos al territorio dominado por él. En realidad, aquellos gobiernos, ahora encabezados por los pro-fascistas Daladier y Chamberlain, actuaban ya en connivencia con Hitler y Mussolini.

La Unión Soviética fue así el único Estado que prestó ayuda a España, no sólo con armas y suministros materiales de toda clase, sino también con combatientes voluntarios incluso con el asesoramiento de oficiales de alta graduación. Pero los pueblos de muchos países del mundo, cada vez más conscientes de lo que representaba el nazifascismo, tampoco dejaron solo al pueblo español. Se desarrollaron movimientos solidarios que aportaron una ayuda material importante. Bien pronto esta solidaridad adquirió un nivel superior: se formaron las Brigadas Internacionales, integradas por voluntarios, incluso no pocos militares, de las más diversas nacionalidades, que derramaron su sangre y volcaron toda su capacidad y heroísmo para colaborar en la defensa de la democracia española.

En el Uruguay, el Comité de Ayuda a la España Republicana, se convirtió bien pronto en un gran movimiento de masas que trabajaba con

pasión para recolectar fondos y otras formas de aportes materiales que eran enviados a la Resistencia. El movimiento adquirió gran amplitud política e influencia en la vida nacional; demócratas batllistas tomaban parte en su dirección, junto a comunistas, socialistas y hombres y mujeres de otras tendencias. Un grupo relativamente grande de voluntarios uruguayos peleó en las Brigadas Internacionales, y no pocos ofrendaron allí sus vidas en la heroica lucha contra el fascismo. Vale la pena señalar que el movimiento de solidaridad con España Republicana no sólo representó el cumplimiento, por parte de nuestro pueblo, de un sagrado deber antimperialista. Fue también una escuela que ayudó a nuestro pueblo a comprender claramente la importancia de luchar por la democracia contra la amenaza mortal que representaba el nazifascismo. Y esa educación de masas contribuyó no poco a la recuperación de la democracia en nuestro propio país, en la lucha contra la dictadura profascista que se implantó como consecuencia del golpe de Estado de 1933.

En abril de 1939 cesó la resistencia armada del pueblo español. Un nuevo Estado fascista, España, se incorporaba, de hecho, al eje Roma-Berlín. Francia estaba ahora potencialmente amenazada desde el Este y desde el Sur. La responsabilidad de estos sucesos recalca no sólo sobre los fascistas españoles, alemanes e italianos, sino también sobre los gobiernos de Inglaterra y Francia. Era una primera muestra de lo que poco después se vio con claridad: Chamberlain y Daladier buscaban, en realidad, aliarse con Hitler y Mussolini en torno a un proyecto común de reunir toda Europa para atacar y pretender aplastar a la Unión Soviética.

Mientras tanto, en el Extremo Oriente, las cosas también se ensombrecían. Desde años atrás, Japón había comenzado la agresión y ocupación de territorios en China y realizado agresiones y provocaciones fronterizas contra la URSS y Mongolia. En 1937, ya la intervención nipona había cobrado el carácter de una guerra en gran escala contra China. Los gobiernos de Inglaterra, Francia, y Estados Unidos obstaculizaban cualquier acción tendiente a detener al agresor. Sólo la Unión Soviética prestó una considerable ayuda material, militar y técnica a los demócratas y revolucionarios chinos; también allí voluntarios soviéticos derramaron su sangre en solidaridad con China y enfrentaron al imperialismo japonés. El “pacto antikomintern” (es decir, en la jerga fascista, contra la Internacional Comunista) fue firmado por Alemania y Japón en 1936 e Italia adhirió a él en el año siguiente; mostraba con claridad que los conflictos en Europa estaban indisolublemente ligados a las agresiones del Japón y Asia.

El pacto de Munich

Hitler proseguía sistemáticamente su plan. En 1938 se produce el "Anschluss", es decir, la anexión, de Austria a Alemania. Checoslovaquia se encontraba prácticamente rodeada por países fascistas, a lo largo de todas sus fronteras. Estaba marcada para ser la próxima víctima. Ya hacía tiempo que Hitler reclamaba la anexión de la región sudete, es decir, una ancha franja que corría a lo largo de toda la frontera checo-germana, y lo reiteró en ocasión del Anschluss.

Estaban vigentes los pactos checo-soviéticos y checo-francés que permitían defender a Checoslovaquia de la agresión, si ésta estaba dispuesta a resistir. A lo largo de 1938, la Unión Soviética reiteró varias veces que estaba pronta para asistir a Checoslovaquia, incluso si Francia no cumplía con sus compromisos y a pesar de que la URSS no tenía fronteras comunes que permitieran el paso de tropas, salvo a través de Polonia cuyo gobierno era profascista. Es más, la Unión Soviética concentró en su frontera importantes contingentes de tropas, tanques y aviones, preparados para actuar sin tardanza.

A estas actitudes claras, los gobiernos profascistas de Daladier y Chamberlain enviaron al gobierno checoslovaco un ultimátum para que cediera a las pretensiones de Hitler y rescindiera el tratado con la URSS. El pueblo checoslovaco manifestó con una huelga general y otras demostraciones su indignación contra el ultimátum, lo que obligó al gobierno checo de Benes a rechazarlo. Al día siguiente, ingleses y franceses lo reiteraron y Benes capituló, negándose a solicitar la ayuda soviética.

El 29 de setiembre de 1938 se reunieron en Munich Chamberlain, Daladier, Hitler y Mussolini y firmaron el tristemente célebre Pacto de Munich que daba luz verde al agresor. Checoslovaquia perdió el 20% de su territorio, el 25% de la población y el 50% de su industria pesada. Como era de prever, la cosa no quedó allí: pocos meses después, el 15 de marzo de 1939, Hitler anexó toda Checoslovaquia. Un nuevo país europeo caía bajo la bota del fascismo. Y, no casualmente, en la dirección del Este, acercándose a pocos kilómetros de la frontera soviética.

Pero Munich no dejó ninguna duda sobre lo que ya estaba bastante claro por la experiencia española: los gobiernos de Inglaterra y Francia, representantes de las fuerzas más reaccionarias del capital financiero, eran cómplices de Hitler, Mussolini y los militaristas japoneses en el plan que tenía por objetivo principal el ataque a la Unión Soviética y su aplastamiento. No obstante, el 18 de marzo, tres días después de la ocupación de Checoslovaquia y cuando ya Hitler profería amenazas contra Rumania, país fronterizo de la

URSS, ésta vuelve a proponer a las potencias occidentales y otros países discutir los medios para oponerse a nuevas agresiones nazifascistas. Las negociaciones comenzaron, pero su ritmo era muy significativo: cada propuesta soviética concreta tardaba semanas en ser contestada por los anglo-franceses, que oponían una u otra argucia; cada una de estas contrapropuestas era contestada inmediatamente por la URSS, a veces al día siguiente de ser recibida. Era evidente el juego hipócrita de Inglaterra y Francia: si bien no se oponían formalmente a un acuerdo, perdían tiempo demorando las conversaciones porque, en realidad, no querían concertar ningún pacto anti-nazifascista eficaz.

Pero habla mucho más y mucho más grave. A mediados de 1939 hubo informaciones de prensa acerca de que ingleses y alemanes estaban negociando, a espaldas no sólo de la URSS sino incluso de Francia. En esa época podía pensarse que se trataba de rumores sin fundamento, aunque la negra historia anterior de Chamberlain los hacía muy verosímiles. Estos rumores pudieron confirmarse con creces cuando, después de la derrota del nazismo, se pudo tener acceso a los archivos secretos alemanes. A partir de junio de ese año, se realizaron esas conversaciones, que giraban en torno a la idea de un pacto anglo-germano exclusivamente, cuyo contenido esencial era el de un gigantesco y monstruoso reparto del mundo entre las dos potencias, reparto que incluía China, la Unión Soviética, Polonia (que los ingleses proponían que fuera entregada, lisa y llanamente, a Alemania... ¡esos mismos ingleses que tenían un acuerdo firmado para defender la independencia de Polonia!), toda África, etc. En fin, por si faltara algo, en el curso de esos mismos meses, Japón recrudeció sus ataques fuertemente armados contra China, Mongolia y la propia URSS... con el acuerdo explícito de los ingleses (acuerdo Arita-Craigie).

Las cosas estaban demasiado claras. La URSS no podía esperar de brazos cruzados que prosiguieran los preparativos acelerados de la coalición nazifascista-nipona, con el apoyo de las potencias imperialistas occidentales, para consumir la agresión contra ella. Por otra parte, los alemanes tampoco estaban muy tranquilos; sabían de la enorme fuerza militar, económica y política que representaba la Unión Soviética y no tenían todavía la gigantesca acumulación de medios de agresión que alcanzaron dos años después, en 1941, cuando llegaron a dominar toda Europa; y estaba claro para ellos que Inglaterra y Francia pretendían dejar enteramente en manos de los fascistas la faena de la guerra contra la URSS, quedando ellos fuera de las acciones bélicas y apoyando

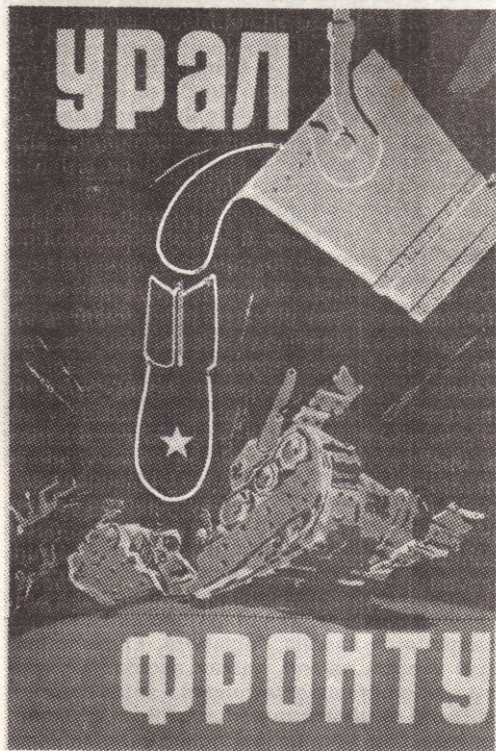
sólo económicamente y con el suministro de pertrechos (que, de paso, significaban un buen negocio).

En estas circunstancias complejas, Alemania propuso a la URSS concertar un pacto de no agresión. Hubo prolongados sondeos diplomáticos, a nivel de embajadores, a lo largo de los cuales la URSS, en pleno desarrollo de las negociaciones con Inglaterra y Francia, rechazó las insinuaciones y propuestas alemanas. Pero a fines de agosto, cuando ya era evidente que aquellas negociaciones sólo significaban perder un tiempo precioso, el gobierno soviético accedió al pedido alemán de que Ribbentrop, Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, realizara una visita a Moscú. Así fue que el 23 de agosto se firmó el tratado de no agresión germano-soviético. Tres días después, en declaraciones publicadas en "Pravda", el mariscal Voroshílov confirmó para la historia en qué circunstancias tan críticas pudo producirse ese hecho que, a primera vista, parecía sorprendente: "Las negociaciones militares con Inglaterra y Francia no se suspendieron porque la URSS hubiera firmado un pacto de no agresión con Alemania; al contrario, la URSS firmó un pacto de no agresión con Alemania porque, entre otras cosas, las negociaciones militares con Francia e Inglaterra estaban en un callejón sin salida en virtud de discordias insuperables".

Está claro que la Unión Soviética nunca creyó que el tratado aseguraba la paz con Alemania; tarde o temprano, los nazifascistas atacarían a la URSS. Lo que se obtenía con el tratado era, 1º ganar tiempo, postergar el ataque para prepararse mejor para resistirlo (en realidad, se ganó casi dos años y, además, como luego veremos, se ganó también espacio); 2º quebrar el juego tramposo de Francia, Inglaterra y EEUU, obligarlos a poner sus verdaderas cartas sobre la mesa; 3º dividir el bloque de las seis grandes potencias capitalistas, lograr que, por un período lo más largo posible, las tres "democracias occidentales" se enfrentaran efectivamente al triángulo Berlín-Roma-Tokio. Estos tres objetivos fueron alcanzados en lo fundamental.

Naturalmente, un viraje táctico tan audaz no podía estar exento de dificultades. No sólo en las metrópolis, sino en todo el mundo capitalista dominado por ellas, particularmente usando el control casi total de los grandes medios de información, se lanzó la más furibunda campaña antisoviética que se pueda imaginar. Sus ejes eran: la Unión Soviética traicionó sus aliados democráticos; los "rusos" se alían con los asesinos nazis; alemanes y soviéticos se estrechan amistosamente las manos sobre el cadáver de Polonia; etc. Además, para el demócrata sencillo y sincero, que no tenía ni podía tener acceso al conjunto de infor-

maciones que daban razón al viraje, los hechos gruesos parecían dar la razón a la campaña antisoviética. Permítaseme un recuerdo personal: yo era estudiante de ingeniería en aquella época y se convocó a una asamblea del Centro estudiantil para discutir el tema; argumenté en ella a favor de la URSS durante más de una hora y creo, modestamente, que la argumentación fue bastante sólida, basada en un excelente folleto que en aquel momento se pudo editar. Todo fue en vano: la inevitable moción condenatoria salió por abrumadora mayoría, sólo yo y creo que otro compañero votamos en contra. Desde 1939 hasta 1941 los amigos de la Unión Soviética tuvieron que remar muy duramente contra la correntada fortísima del antisovietismo. A partir de 1941, los hechos trágicos y magníficos del papel central que la URSS jugó en la guerra permitieron revertir totalmente esta difícil situación.



Comienza la Segunda Guerra Mundial

En pocos días, los sucesos se precipitaron aceleradamente. El 1º de setiembre, Alemania invadió Polonia; el 3 de setiembre, Chamberlain y Daladier no tuvieron más remedio que declararle la guerra aunque, de hecho, no hubo operaciones militares, salvo algunos ataques fronterizos insignificantes, cuando sólo las fuerzas de Francia eran aproximadamente 10 veces mayores que las de Alemania a lo largo de la frontera. De hecho, se continuaba la política muniquesa; los generales Keitel y Jodl declararon ante el tribunal de Nuremberg que, si franceses e ingleses hubieran atacado realmente, Alemania se habría encontrado en una situación muy difícil. Aprovechando esta situación, su inmensa superioridad militar frente a Polonia y la táctica, recién estrenada, de lo que luego se conoció como "la guerra relámpago", Hitler destruyó la resistencia polaca en un par de semanas, pese al heroísmo con que lucharon algunas unidades militares y muchos civiles, obreros, campesinos e intelectuales, que tomaron las armas en defensa de su patria.

El 17 de setiembre, el Ejército Rojo se puso en movimiento y penetró desde el Este en el territorio que detentaba Polonia. Rápidamente avanzó hasta toparse con el ejército alemán que había entrado desde el Oeste. El 23 de setiembre (¡seis días después!) se firmó en Moscú un tratado que puso fin a esa etapa de las operaciones militares. Para juzgar estos hechos, es preciso tener en cuenta algunas circunstancias: 1º La URSS penetró en Polonia 16 días después de que había sido atacada y puesta fuera de combate por Hitler; 2º Si el Ejército Rojo no hubiera avanzado, Alemania habría conquistado el resto del territorio polaco hasta la vieja frontera soviética, creando una situación muy peligrosa para acontecimientos futuros (a esto nos referíamos cuando decíamos que, con el tratado de no agresión con Alemania, la URSS había ganado espacio); 3º La zona que ocupó la Unión Soviética no era, en realidad, polaca, sino... ¡soviética! Expliquémonos: poco después de finalizada la Primera Guerra Mundial, entre los acuerdos que definieron la nueva situación europea emergente de aquella, Inglaterra, Francia, los EEUU y otros países, habían acordado como límite etnográficamente fundado entre Polonia y la Rusia Soviética la llamada "línea Curzon" (que toma su nombre del político inglés lord Curzon); al este de esa línea, era territorio soviético, concretamente perteneciente a las repúblicas de Ucrania y Bielorrusia, que había sido ocupado, violando los tratados internacionales, por la Polonia del mariscal Pilsudski, en 1920, aprovechando la debilidad de la Rusia Soviética de entonces. Pues bien,



esa misma línea Curzon, en esencia, fue la que delimitó la frontera entre los ejércitos soviético y alemán en 1939. Dicho de otro modo, el avance del Ejército Rojo en setiembre lo que hizo fue recuperar para la URSS un territorio que legítimamente le pertenecía; entre otros factores, el hecho de que la población de esa zona seguía siendo fundamentalmente ucraniana y bielorrusa, explica la facilidad con que, en sólo seis días, casi sin combatir, pudiera realizarse esa restitución.

Otro episodio de aquella época merece también clarificarse. Se trata de la llamada "guerra ruso-finesa" (30 de noviembre de 1939 hasta fines de febrero de 1940), que fue uno de los temas favoritos de la campaña antisoviética (con caricaturas en que aparecía el "tremendo y gigantesco oso ruso" abalanzándose sobre "la pequeña, pobrecita e inocente Finlandia"). La vieja frontera fino-soviética pasaba a sólo 32 kilómetros de distancia de Leningrado, la segunda ciudad en importancia de la URSS.

Eso representaba un grave peligro para la defensa de un punto vital del territorio soviético ante el probablemente inminente estallido de una guerra contra ella. Peligro que se acentuaba porque el gobierno del general fascista Mannerheim, que había aplastado sangrientamente la revolución finesa, mantenía estrechos lazos no sólo con Inglaterra y Francia sino incluso con la propia Alemania nazi. A partir de abril de 1938, el gobierno soviético inició pacíficas y pacientes negociaciones con el de Finlandia; propuso primero, y no fue aceptado, un pacto de asistencia mutua; luego el canje de territorio finés por otro soviético cuya superficie duplicaba la del anterior; etc. Todas estas propuestas fueron rechazadas, al mismo tiempo que arreciaban las provocaciones fronterizas del ejército finés. En noviembre de 1939, cuando ya se había iniciado la guerra en Europa y los peligros se agravaban día a día, el Ejército Rojo penetró en Finlandia y derrotó a su ejército. Pudiendo haber impuesto condiciones mucho más duras, la URSS se limitó, en el tratado de paz, a alejar la frontera unos 100 kilómetros, en la zona de Leningrado. Vale la pena decir que, durante la guerra, Chamberlain y Daladier enviaron a Mannerheim una importante cantidad de armamentos y preparaban incluso un cuerpo expedicionario de 150.000 hombres; después de lo que ya hemos visto, estos hechos esclarecen lo que se tramaba utilizando como peón a la "pobrecita Finlandia".

Mientras tanto, en Occidente se desarrollaba, si cabe usar la palabra, lo que el humor negro de los franceses llamaba "la drole de guerre" (con perdón de ustedes, no encuentro mejor traducción al rioplatense que "la guerra en joda"). Es decir, no pasaba prácticamente nada, a pesar de la declaración de guerra. Los franceses estaban atrincherados en la "línea Maginot" (monstruosa y gigantesca fortificación militar que, 8 meses después de la declaración de guerra, cuando la guerra empezó a ser "en serio" demostró que no servía absolutamente para nada) y los alemanes tras la "línea Sigfrido" (que, por lo que ocurrió 4 años después, aparentemente tampoco servía para mucho); y prácticamente nada más. Estos 8 meses eran, en el fondo, la continuación, en otras circunstancias, de la política de no intervención y muniquesa, de hecho pro nazi, de Chamberlain y Daladier. Porque, en ese período, Hitler no perdió el tiempo; aparte de digerir y asimilar lo ya conquistado y de fortalecer aún más su aparato militar y económico, ocupó prácticamente sin lucha, salvo la débil

resistencia que podía oponerle la población civil, otros dos países: Dinamarca y Noruega.

Pero, como decíamos, en mayo de 1940 Alemania empezó la guerra en serio. Rápidamente penetró en Holanda, Bélgica y Luxemburgo, flanqueó sin problemas la línea Maginot, invadió a Francia, obligó a los ingleses a evacuar las tropas que tenía estacionadas allí en el desastre de Dunkerke, abandonando todo su armamento pesado, y ocupó todo el territorio francés, salvo en una zona que quedó bajo el gobierno del general fascista Pétain. Toda esta operación duró menos de un mes y medio. Prácticamente no hubo resistencia, por la incapacidad de los mandos militares y por la infiltración de los muniqueses que corrompían y disgregaban por dentro los centros vitales del Estado francés. Casi toda Europa estaba en manos del nazifascismo; con esa base y esos recursos concentraron sus esfuerzos para el largamente planificado ataque a la URSS. El nuevo Pacto Tripartito firmado por Alemania, Italia y Japón en 1940 coordinaba las acciones de los fascistas a escala mundial; posteriormente, adhirió a él Rumania, la Hungría de Horthy y Bulgaria. Luego los nazis agredieron a Yugoslavia, derrotaron a su ejército y ocuparon el país; ayudaron a los fascistas italianos, que no habían podido dominar a los heroicos guerrilleros griegos y pasaron a controlar toda Grecia. Albania ya había sido invadida por Italia en 1939. En toda la península balcánica, sólo mantenían la resistencia algunos importantes destacamentos guerrilleros. Los preparativos del ataque a la URSS estaban ya prácticamente terminados; los nazifascistas disponían para ello de los recursos de toda Europa, con las únicas excepciones de Gran Bretaña, Suecia y Suiza.

Sin embargo, es necesario mencionar algunos cambios políticos que se produjeron en Europa Occidental a mediados de 1940. En mayo de 1940, el muniqués Chamberlain fue desplazado por Churchill en el gobierno de Gran Bretaña. El general francés de Gaulle, que escapó de Francia a Inglaterra por esas mismas fechas, junto con la evacuación de Dunkerke, formó un gobierno francés en el exilio, que llamó de Francia Libre, por oposición al gobierno pro-nazi de Pétain. Tanto Churchill como de Gaulle eran políticamente derechistas, pero no eran muniqueses. Estos cambios políticos reflejaban la indignación y el asco de los pueblos inglés y francés ante la política entreguista y pro-fascista de los Chamberlain y Daladier (3).

El 22 de junio de 1941 los nazifascistas se lanzaron por fin al ataque a la Unión Soviética; utilizaron para ello un ejército de dimensiones, pertrechamiento y preparación militar gigantescas, nunca antes vistos, entre 3 y 5 veces mayor (según los parámetros que se consideren) que el total de las fuerzas armadas de que disponía Hitler cuando se desató la Segunda Guerra Mundial en 1939.

En los pocos días siguientes fue evidente ante todo el mundo que, por primera vez, los ejércitos nazifascistas se enfrentaban a un ejército que respondía a la agresión combatiendo con heroísmo y pasión, a la vez que con una capacidad técnica militar de primer orden. Pese a su superioridad bélica, los atacantes ya no podían obtener las fáciles victorias de ocasiones anteriores, ni hacer los paseos triunfales precedentes. Tenían que avanzar palmo a palmo, en durísima lucha y sufriendo pérdidas considerables por el territorio que querían conquistar. Por primera vez, el nazifascismo enfrentaba a un enemigo capaz de vencerlo.

Esta convicción recorrió el mundo como un relámpago. Los pueblos de todos los países sonrieron por primera vez, los corazones se henchían de esperanza y de deseo de aportar sus esfuerzos, toda su energía, su sacrificio inclusive, a la causa mundial de aplastar el fascismo, aventar la opresión y el terror, conquistar o recuperar la libertad y la democracia, avivar de nuevo la llama y el pensamiento que buscaban profundas transformaciones en todas las patrias para construir una sociedad de nuevo tipo, en que la miseria, la opresión y el sojuzgamiento político y social, la injusticia, se convirtieran en meros recuerdos de un pasado definitivamente superado y que no retornaría jamás; alcanzar, en fin, una humanidad en que la vida triunfaría sobre la muerte, y la paz duradera sobre la guerra. Esto lo pensaban los pueblos de la Europa vencida y traicionada, los franceses, los españoles, los italianos, los checos y eslovacos, los noruegos y los holandeses, los yugoslavos, los búlgaros, los polacos, los rumanos, los griegos, los finlandeses, los ingleses que por fin comprendían la traición del munichismo y hablaban pasado por las experiencias trágicas de los bombardeos de Londres y de Coventry. Lo pensaban los que gemían en los campos de concentración y exterminio nazis, a los que también, de alguna manera, incluso por la vía de los prisioneros de guerra soviéticos que empezaban a llegar allí, pasaban por encima de las alambradas de púa, por entre las ominosas torres de vigilancia, las noticias, las buenas nuevas de lo que estaba sucediendo en el mundo, que avivaban la débil llama de una



esperanza casi totalmente extinguida. Lo pensaban los chinos y los hindúes, los vietnamitas y los indonesios, los millones de africanos, los árabes y los negros, que velan por fin el camino de terminar con el viejo colonialismo inglés y francés y con la amenaza de un nuevo colonialismo japonés y nazifascista, cien veces más cruel que los anteriores. Lo pensaban los latinoamericanos, los uruguayos y los mexicanos, los centroamericanos y los cubanos, hartos de dictaduras interminables y salvajes, hartos de décadas de dominación y expoliación por parte de los imperialismos inglés, yanqui y otros. Lo pensaban lo más sano y lúcido del pueblo norteamericano, aquéllos en que no se había extinguido la llama de los ideales de Jefferson y de Lincoln, de las viejas tradiciones democráticas. Lo pensaban también, de otra manera, los soviéticos: los que 25 años atrás ya habían hecho su propia revolución socialista, los que habían construido la nueva sociedad y los que habían nacido y crecido, como hombres nuevos, en su seno, y que ahora, con los dientes apretados, sentían



hondamente el dolor de la muerte y la destrucción que se abatía sobre ellos y, al mismo tiempo, la tremenda responsabilidad que contraían ante su propio pueblo y ante los miles de millones de hombres y mujeres de todo el mundo que cifraban en ellos, en su heroísmo, valentía e inteligencia, la conquista de todas estas aspiraciones y esperanzas, el florecer de las rosas fragantes de la libertad y la democracia, de la justicia y la paz.

En ese clima que abarcaba a todo el planeta, se produjo un hecho insólito, casi increíble: a las pocas horas de la agresión nazifascista a la URSS, los máximos dirigentes de las dos potencias imperialistas, Churchill y Franklin D. Roosevelt, hablaron expresando su admiración por el heroísmo del pueblo soviético y su voluntad de cooperar y ayudar a la Unión Soviética en la inmensa y decisiva batalla en que estaba empeñada. El 3 de julio, hablando al pueblo soviético en nombre del gobierno de la URSS y del Partido Comunista, Stalin pronunció un inolvidable y conmovedor discurso llamando a concentrar todos los es-

fuerzos y todos los recursos en la tarea de las tareas: derrotar al agresor.

Se abrió así el camino de forjar la gran alianza de gobiernos y pueblos antifascistas, por la que la URSS había luchado infructuosamente a lo largo de tantos años. Esa alianza no se formalizó en un solo acto, y cristalizó definitivamente recién en el primer semestre de 1942. Sin embargo, ya el 12 de julio de 1941 se firmó en Moscú el acuerdo entre la URSS y Gran Bretaña. Entre otros factores que determinaron este escalonamiento de la configuración de la alianza, estaba el hecho de que los EEUU no estaban todavía en guerra, aunque suministraban abastecimientos y pertrechos a los aliados; recién el 7 de diciembre de 1941, a raíz del traicionero y desastroso ataque del Japón a la base norteamericana de Pearl Harbor en el Pacífico, se desencadenaron los hechos que determinaron su plena participación en la guerra mundial.

La formación de la gran alianza antifascista fue, sin duda, un hecho político y militar de excepcional importancia histórica. Sin embargo, no hay que idealizarla ni concebirla de una manera simplista. No era idéntica, ni cualitativa ni cuantitativamente, la parte que en ella jugaban la Unión Soviética, por una parte, e Inglaterra y los Estados Unidos, por otra. Estos últimos países participaron muy escasamente en los combates propiamente dichos en los lugares más críticos en que ellos se produjeron. Y los suministros de armamento fueron, en realidad, mucho menores de lo que sus órganos de propaganda pretenden hacer creer: según datos oficiales norteamericanos, en toda la guerra enviaron a la URSS 14.450 aviones y 7.000 tanques; los ingleses y canadienses, 5.400 tanques y 3.384 aviones; en total, 12.400 tanques y 17.834 aviones. Mientras tanto, sólo en los últimos 3 años de la guerra, los soviéticos lanzaron al combate 90.000 tanques y 120.000 aviones. La ayuda aliada representó pues aproximadamente sólo un 14% de lo que produjo la URSS; en el conjunto de la producción industrial, el porcentaje apenas llega al 4%. El número de muertos que tuvieron en la guerra los diferentes países combatientes fue el siguiente:

Unión Soviética	20:000.000
Polonia	6:000.000
Alemania	6:000.000
Japón	2:000.000
Yugoslavia	1:706.000
China	1:000.000
Francia	650.000
Estados Unidos	405.000
Italia	400.000
Gran Bretaña	375.000

Los nazifascistas destruyeron en la URSS

1.710 ciudades, más de 70.000 aldeas, más de 6 millones de edificios, 31.850 empresas industriales, 103.000 establecimientos agropecuarios. Ningún otro país se acerca ni remotamente a semejantes cifras.

El número total de muertos en el mundo entero fue de 54:800.000, de los cuales 13 millones de los pueblos asiáticos. Además, hubo 90 millones de heridos y quedaron inválidos 28 millones de personas.

Las cifras frías no reflejan, sin embargo, adecuadamente la realidad. Aunque el munichismo había sido muy golpeado en las potencias imperialistas occidentales, y eso era una gran victoria democrática, de ninguna manera fue totalmente erradicado, lo que influyó no poco en la conducta política seguida por ellas en la guerra. Las diferencias se centraban, como no podía ser de otro modo, en las dos grandes concepciones, socialista para la URSS e imperialista para los otros. En el fondo, los círculos imperialistas de Estados Unidos e Inglaterra se proponían únicamente debilitar a Alemania como rival y competidor imperialista, pero no al fascismo, inherente a todo imperialismo. Su meta era establecer su dominio mundial en la postguerra, incluso sobre la Unión Soviética, que pensaban que saldría de la guerra enormemente debilitada. El entonces Senador Harry Truman, luego heredero de Roosevelt en la presidencia de los EEUU, expresó brutalmente ese pensamiento imperialista ya bastante antes del fin de la guerra: "Si vemos que gana Alemania, deberemos ayudar a Rusia, y si gana Rusia, deberemos ayudar a Alemania. Y, de ese modo, que se maten lo más que puedan".

El desarrollo de las operaciones bélicas

El combate contra los nazifascistas fue feroz a lo largo de toda la guerra. El primer envío de los hitlerianos, que contaban con clara superioridad militar, se desarrolló en tres direcciones principales: hacia Leningrado, hacia Moscú, y hacia Kiev y la cuenca del Don. Los soviéticos resistían heroicamente, muchas veces ante una aplastante desigualdad de fuerzas, y tuvieron que retroceder combatiendo. Las zonas occidentales de la URSS eran las de mayor concentración industrial; junto con las operaciones militares se planteó la gigantesca y compleja tarea de trasladarlas hacia el este, hacia Siberia, para evitar que cayeran en manos del enemigo, tarea que sólo era posible realizar en un país socialista. Así fueron desplazadas, sólo en los seis primeros meses de la guerra, las instalaciones de más de 1.360 grandes empresas industriales; en sus nuevos emplazamientos, trabajaron en ellas millares de mujeres y ancianos, para dejar libres a todos los hombres en condiciones de combatir. A medida que avanzaba la pene-

tración de las tropas invasoras, se levantaban en la retaguardia alemana miles de destacamentos guerrilleros que, en condiciones extraordinariamente difíciles y peligrosas, hostigaban al enemigo y destrulaban sus instalaciones y comunicaciones. Los planes de la "guerra relámpago", que tan exitosos habían sido en 1940, fracasaron esta vez; para dar un solo ejemplo, Smolensk, a 400 km. de la frontera y 270 de Moscú, resistió dos meses. Y esa capacidad de resistencia se acrecentaba día a día.

En la dirección noroeste, hacia Leningrado, aparte de las tropas del Ejército Rojo, 160.000 civiles de la ciudad se alistaron en divisiones de milicias populares, centenares de miles, en su mayoría mujeres, salieron a la construcción de fortificaciones. En setiembre, el enemigo fue detenido en los accesos inmediatos de la gran ciudad; el plan nazi de tomar Leningrado fracasó. Cosas análogas ocurrieron en la dirección suroeste: Kiev cayó recién el 20 de setiembre, Odessa sólo después de 68 días de combates incesantes en sus accesos. En la dirección principal, la de Moscú, el enemigo tuvo que detenerse a 300 kilómetros de la capital y pasar a la defensiva para reagrupar sus fuerzas; reanudó la ofensiva el 30 de setiembre con 80 divisiones de infantería, entre ellas 23 de tanques y motorizadas y logró acercarse a los accesos lejanos de la ciudad; pero la resistencia no cedía —se hizo famosa la épica batalla de la carretera de Volokolamsk, el nombre del general Panfilov recorrió todo el mundo—. Moscú no pudo ser tomada por los alemanes.

El 30 de noviembre, el Ejército Rojo pasó a desarrollar la contraofensiva contra los ejércitos nazifascistas, extenuados y desangrados en los combates del período anterior. La contraofensiva se prolongó hasta marzo de 1942. Los nazifascistas tuvieron que retroceder más de 400 kilómetros en algunos sectores del frente. En toda esta inmensa batalla, que duró 8 meses, la Unión Soviética luchó sola, sin recibir prácticamente ninguna ayuda de sus aliados de Occidente. Pero el mito de la invencibilidad de los ejércitos fascistas había sido disipado. Una inmensa ola de entusiasmo y esperanza recorrió el mundo.

Pero el enemigo no estaba derrotado. En junio de 1942 operaban 237 divisiones enemigas y poco después llegaron a 266, de las cuales 193 eran alemanas y el resto de los diversos países de Europa avasallados. Sin abandonar el frente de Moscú y el cerco de Leningrado, lanzaron una gigantesca ofensiva hacia el sur, en dirección al Volga y, concretamente, a Stalingrado, a cuyos suburbios llegaron en setiembre. La batalla de Stalingrado se perfilaba como decisiva y alcanzó una envergadura y una ferocidad indescriptibles. Yo estuve en la famosa colina de Mamái 20 años

después; bastaba agacharse para recoger del suelo, en cualquier lugar, decenas y decenas de balas, cápsulas y fragmentos de metralla en el espacio que ocupa una persona de pie. La batalla duró seis meses y medio. En ella fueron cercadas y aniquiladas 22 divisiones nazis, con un total de 330.000 hombres; Hitler perdió la cuarta parte de todas las fuerzas que tenía en el frente soviético y reconoció que ya había perdido la capacidad de conquistar la victoria por medio de una ofensiva. Stalingrado fue el comienzo de un viraje radical en todo el curso de la guerra, sentó las premisas para la victoria total.

A principios de 1943, se logra romper el cerco de Leningrado. Hitler intentó, sin embargo, un golpe desesperado. Trasladó al frente soviético nuevas divisiones, formadas en el occidente europeo y concentró en el sector central del frente 257 divisiones poderosamente armadas, mucho más que lo que había utilizado en la ofensiva contra Moscú en 1941 y en Stalingrado en 1942. Pero el mando soviético respondió con una contraofensiva fulminante en pleno verano, en julio; la leyenda de que había sido el "general invierno" el que había dado victorias a los soviéticos en 1941 y 1942 se disipó como una estúpida invención. En pocos meses, los nazifascistas tuvieron que abandonar dos tercios del territorio soviético ocupado. Estas gigantescas victorias estimularon y, a su vez, fueron grandemente ayudadas por un inmenso desarrollo del movimiento guerrillero en la retaguardia alemana, principalmente en el suelo soviético, pero también en toda Europa, incluso países tan alejados como Francia e Italia.



¿Por qué, a pesar de los duros golpes que ya habían recibido, los nazifascistas pudieron intentar la última ofensiva de principios de julio de 1943? Porque todavía no se había abierto el Segundo Frente, es decir, la ofensiva en occidente de los ingleses, franceses y estadounidenses, lo que habilitaba al mando fascista a seguir extrayendo fuerzas de refresco de toda Europa para lanzarlas contra la URSS. La necesidad del segundo frente era obvia hasta para el más ignorante en cuestiones militares. Fue planteada a Churchill ya en julio de 1941, apenas iniciada la agresión contra la URSS, y se reiteró en ese mismo año, en 1942 y en 1943. La respuesta fue siempre una rotunda negativa o vagas promesas que nunca se cumplieron, incluso después de que, desde 1942, el Presidente Roosevelt apoyara esa iniciativa. A lo largo de todos esos años, la URSS combatía prácticamente sola, afrontando todo el peso de las fuerzas mayores y más selectas de que disponían los nazifascistas y de sus tremendas ofensivas. En el fondo, particularmente Churchill, se guiaba por el cínico pensamiento que Truman formuló algo después y que hemos citado ya.

Churchill prefirió intervenir con las tropas occidentales en Italia y en los Balcanes, particularmente en Grecia, no para ayudar al frente soviético sino por el temor de que el derrumbe del fascismo en Italia y la acción de los guerrilleros en este país y en Grecia pudieran crear una situación incontrolable para los imperialistas; también para tratar de que la incontenible ofensiva de los ejércitos soviéticos pudiera dar a éstos el dominio de amplias zonas en Europa Central y Oriental. Ya no le preocupaba tanto que los nazifascistas pudieran vencer, sino que el imperialismo pudiera perder posiciones de dominio ante la fuerza del movimiento guerrillero. Esto fue particularmente evidente en Grecia: allí los guerrilleros habían liberado su país ya a fines de 1944; la penetración de tropas inglesas en ese territorio tuvo por finalidad reprimir cruelmente a los guerrilleros. Todo esto resulta diáfano de las memorias de Elliott, hijo de Roosevelt.

El segundo frente propiamente dicho se abrió recién el 6 de junio de 1944, y precisamente por la misma razón: ante la inminencia del colapso del nazifascismo y el auge del movimiento guerrillero de la Resistencia Francesa, los imperialistas consideraron que podían perder el control de toda Europa y decidieron intervenir militarmente. Ingleses y estadounidenses desconfiaban mucho del Comité Francés de Liberación Nacional, presidido por de Gaulle y estrechamente vinculado a la Resistencia Francesa. Churchill incluso presentó una protesta ante Stalin, cuando, el 23 de junio de 1943, el gobierno soviético mani-

festó su propósito de reconocer oficialmente al Comité como auténtico gobierno francés en el exilio, representante real de la Francia democrática. Fue importante la colaboración efectiva que el regimiento de aviones de caza franceses llamado Normandía-Niemen prestó a los aviadores soviéticos en el frente oriental. De hecho, la liberación de París fue lograda exclusivamente por el movimiento de la Resistencia Francesa, el 25 de agosto de 1944, antes de que las tropas anglo-norteamericanas llegaran a la capital.

Se acercaba precipitadamente el fin de la guerra en Europa, como resultado, en primer término, de la impetuosa ofensiva soviética, pero también del movimiento guerrillero en todos los países y de la acción de las tropas anglo-estadounidenses desde el Oeste. En 1944 quedó prácticamente liberado todo el territorio soviético. En ese mismo año, las tropas soviéticas entraron en Polonia, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia, Finlandia, el norte de Noruega, Hungría, Austria y Dinamarca. En muchos de estos países contaron con el activo y valioso apoyo de los guerrilleros nacionales. Finalmente, el Ejército Rojo y los ejércitos aliados penetraron en Alemania; el 25 de abril las tropas soviéticas se encontraron en el Elba con las anglo-norteamericanas; el 1° de mayo de 1945, Hitler se suicidó; ese mismo día, un soldado soviético izó la bandera de su patria en la cúpula del Reichstag; al día siguiente, capituló la guarnición de Berlín; el 8 de mayo el mando alemán capituló incondicionalmente; el 9 de mayo, los soviéticos aplastaron el grupo de tropas nazis que rodeaban a Praga y liberaron la capital checa. La guerra había terminado en Europa.

La solidaridad del pueblo uruguayo

El desarrollo de la guerra contra el nazifascismo apasionó a los demócratas de todo el mundo, particularmente después del cambio de carácter de la guerra que se produjo cuando los nazis invadieron la Unión Soviética y se formó la gran coalición antinazi. Queremos referirnos especialmente a nuestro propio país. La tensión popular en torno a las alternativas de la conflagración era excepcionalmente grande, en muchísimas casas de familia había, fijados a la pared, grandes mapas de Europa en que se marcaba con alfileres con banderitas de colores, la línea cambiante de los frentes de batalla, ajustando su posición de acuerdo a las últimas noticias.

Pero nuestro pueblo no quería ser simplemente espectador. Como no se dio la oportunidad de participar en los combates, quiso de todos modos ayudar en todo lo que fuera posible. Así fue que, pocos días después de la agresión nazi, se formó Acción Antinazi



de Ayuda a los Pueblos Libres que, a un nivel superior, continuaba las hermosas tradiciones internacionalistas de la época de la guerra civil española. Fue seguramente el mayor movimiento de masas que se conoció en el país hasta entonces; era extraordinariamente amplio desde el punto de vista político, no sólo quienes aportaban a él o participaban, de uno u otro modo, en su actividad pertenecían a todas las tendencias políticas democráticas, sino que formaban parte de su dirección personalidades como el destacado político nacionalista Héctor Payssé Reyes y el colorado Efraín González Conzi; yo tuve el honor de ser su Secretario General. Al principio, la actividad principal consistía en recolectar fondos para, con ellos, comprar medicamentos y otros productos de uso médico, alimentos, particularmente los de mayor valor nutritivo, calzado y ropa. En frecuentes jornadas organizadas al efecto en todo el territorio nacional, centenares de activistas recorrían las calles y los domicilios pidiendo donaciones voluntarias. Regla estas colectas el principio democrático y pluralista llamado de "respeto a la voluntad del donante": las alcancías con que se recogían las donaciones eran, en realidad, un grupo de

cuatro alcancías independientes, cada una de las cuales tenía, sobre la tapa en que estaba la ranura en que se depositaba el dinero, la bandera de cada uno de los países, Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. La apertura de las alcancías se hacía con las máximas garantías; el dinero obtenido para Gran Bretaña y Estados Unidos se entregaba en las respectivas embajadas, el destinado a Francia se vertía al Comité de Francia Libre en el Uruguay, que estaba en relación directa con el gobierno en el exilio de de Gaulle; el recogido para la Unión Soviética que era, de lejos, el mayor de los aportes populares, lo administraba el propio Movimiento, adquiriendo los bienes materiales que se enviaban periódicamente a la URSS. El Movimiento uruguayo trabajaba en estrecha relación con su similar argentino y de otros países; se llegó a fletar, en conjunto, barcos para hacer esos envíos.

La UGT uruguaya, fundada precisamente en 1942, tomó parte muy activa en el movimiento de ayuda, como una tarea central del movimiento sindical. Había una gran cantidad de Comités filiales de Acción Antinazi en Montevideo y en ciudades y poblaciones del Interior. Acción Femenina por la Victoria era una poderosa organización, también integrante del movimiento.

Posteriormente, a efectos de aumentar el rendimiento del movimiento de ayuda, se formaron los llamados "Talleres de la Solidaridad". Eran por ejemplo talleres relativamente grandes de fabricación de calzado de modelo apropiado a las condiciones climáticas de la Unión Soviética; las materias primas se adquirían con el producto de las colectas y el calzado se fabricaba con el trabajo voluntario y gratuito de equipos de trabajadores de la industria, con la participación activa y militante del sindicato del ramo, dedicaban a ello parte de las horas libres que les quedaban después de su trabajo en las fábricas. Hay que destacar también el trabajo abnegado de muchos judíos progresistas, talleristas del calzado. Por otro lado, grandes grupos de mujeres se reunían en amplios salones para tejer ropa de lana, comprando la materia prima, también, con el resultado de las colectas. Por supuesto, se recibían además donaciones de ropa de lana tejida individualmente en sus casas por muchas mujeres. Había también talleres de confección de ropa de tela, con un nivel de producción estandarizada relativamente grande.

Como en el caso de la solidaridad con España, el Movimiento no sólo daba cumplimiento a un deber internacionalista. También contribuía a la educación democrática y antifascista de las masas populares uruguayas. Sobre el fondo básico de la admiración y adhesión espontánea que provocaba la heroica gesta soviética,

contribuyó a disipar prejuicios y a comprender problemas fundamentales no sólo de la situación internacional, sino también muchos de los que afectaban concretamente a nuestro país. Algún tiempo antes de que finalizara la guerra, el Movimiento auspició la formación de un Comité paralelo, pero aún más amplio políticamente, que propiciaba la reanudación de relaciones diplomáticas con la URSS, que habían sido rotas por la dictadura de Terra en 1934. La acción propagandística y las gestiones emprendidas por este Comité tuvieron éxito: una delegación políticamente muy amplia del mismo, junto con representantes del gobierno, recibió, en 1943, en el aeropuerto de Melilla —en ese tiempo no existía todavía el de Carrasco— al nuevo Embajador soviético Sergio Orlov.

El fin de la Segunda Guerra Mundial

Durante el desarrollo de la guerra en Europa estaba en vigencia el tratado nipo-soviético de neutralidad firmado en 1941. En realidad, violando el espíritu y la letra del tratado, Japón apoyó activamente a sus socios alemanes e italianos. Un ejército japonés de cerca de un millón de efectivos —el ejército de Kwantung— estuvo concentrado junto a las fronteras soviéticas en Oriente, lo que obligaba a la URSS a distraer importantes fuerzas militares en esa zona, que se veían privadas de intervenir en la guerra europea. Tanto más cuanto que los japoneses constantemente violaban la frontera; sólo en 1942 hubo cerca de 100 incidentes de esta naturaleza. Por otra parte, los japoneses hundieron un buen número de barcos soviéticos.

Antes de finalizar la guerra en Europa, la URSS, fiel a los compromisos contraídos con sus aliados, denunció el tratado. El 9 de agosto de 1945, declaró la guerra al Japón e inmediatamente trasladó al Oriente importantes fuerzas militares e inició las operaciones de guerra, al mismo tiempo que firmaba una alianza con China que desde tiempo atrás ya estaba en guerra. El fulminante ataque soviético determinó que el ejército de Kwantung se rindiera el 19 de agosto; el 2 de setiembre Japón firmó la capitulación incondicional. Con ello se destruyó lo fundamental del poderío terrestre del Imperio. Como, por otra parte, su fuerza naval y aérea había sido socavada por los Estados Unidos durante cuatro años y medio, Japón estaba ya fuera de combate y era cuestión de días su rendición total.

Sin embargo, el 6 de setiembre los EEUU arrojaron la primera bomba atómica sobre Hiroshima y el 9 la segunda, sobre Nagasaki. Estos actos eran totalmente innecesarios desde el punto de vista militar y tremendamente crueles, con carácter de atroz genocidio,

desde el punto de vista humano. En realidad, no estaban dirigidos contra el Japón, sino que su objetivo principal era levantar el garrote atómico contra la Unión Soviética.

A lo largo de la guerra, los aliados celebraron diversas reuniones (Moscú, 1943; Teherán, 1943; Yalta, 1945; Potsdam, 1945) en que los tres grandes líderes, Stalin, Roosevelt y Churchill (salvo en Potsdam en que, muerto Roosevelt, EEUU fue representado por Truman) examinaron, por una parte, problemas relativos a la conducción de la guerra y, por otra, cuestiones referentes a la estructuración del mundo de postguerra. De las primeras ya nos hemos ocupado anteriormente en algunos de los aspectos fundamentales. En cuanto a las segundas, el problema principal era el del destino de Alemania. En esta materia, los puntos de vista divergían en torno a dos ideas contrapuestas: mientras que los ingleses, apoyados por Estados Unidos, proponían una u otra forma de desmembración de Alemania en varios Estados, Stalin se opuso a esa desmembración y era partidario de mantener la unidad alemana, sobre la base de una enérgica política de desnazificación. La primera de estas actitudes estaba dictada, sin duda, por la preocupación de Inglaterra y los EEUU de fortalecer sus propias posiciones imperialistas a costa del debilitamiento de Alemania. La segunda, se basaba en posiciones de principio acerca de la existencia objetiva de una sola nación alemana, que no tenía sentido pretender fraccionar desde afuera. Vale la pena definir estas dos posiciones para combatir la propaganda imperialista que acusa, precisamente a la Unión Soviética de propender a la partición de Alemania lo que es absolutamente contrario a la verdad histórica y se ve confirmado por el hecho de que la constitución de la República Federal Alemana, apoyada por las potencias imperialistas, se produjo el 21 de setiembre de 1945, mientras que sólo después se formó la República Democrática Alemana, el 7 de octubre de 1949. En Yalta y Potsdam se llegó finalmente a una solución de compromiso entre las dos posiciones contrapuestas acerca de Alemania, llegándose al acuerdo de que se dividiría el país no en Estados separados e independientes, como proponían inicialmente ingleses y estadounidenses, sino solamente en zonas controladas, respectivamente, por la Unión Soviética, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Al mismo tiempo, se trazaron allí los lineamientos de la futura Organización de las Naciones Unidas, que ha contribuido a afianzar la paz.

La guerra fría

Cuando murió Roosevelt, asumió la presi-

dencia de Estados Unidos Truman, del que ya hemos citado su conocida y cínica frase; terminada la guerra, esta frase sólo admitía una interpretación: dirigir ahora todas las baterías del imperialismo contra la Unión Soviética, que había cargado con el peso fundamental de la guerra para salvar a la humanidad del nazifascismo. Es útil comparar esta frase con la de su compatriota Stettinius que citamos al comienzo de estas palabras.

Truman no perdió el tiempo. Ya en 1946 se conoce el Plan Truman para la militarización de toda América, bajo la dirección militar de los Estados Unidos. Era un plan que, bajo el pretexto mentiroso de que la URSS se proponía agredir a América, se armaba a América Latina para que cooperara en la real agresión antisoviética que preparaban los EEUU. Además, esta operación marcaba de antemano cualquier movimiento latinoamericano de liberación contra la dominación imperialista como parte del inventado plan soviético de agresión; la conclusión era que debía ser aplastado por las mismas fuerzas armadas que el Plan Truman creaba supuestamente para "defender el Continente de la amenaza soviética".



Las ideas de la Junta Interamericana de Defensa, del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, eran así los instrumentos armados de que dispondrían la Organización de Estados Americanos y, en definitiva, los EEUU para aplastar todo movimiento de liberación nacional. La doctrina Monroe, el "gran garrote" de Teodoro Roosevelt, se vestían con un nuevo ropaje, sin cambiar su contenido esencial, que era asegurar la dominación del imperialismo norteamericano sobre todo el Continente. América Latina era el "patio trasero" de los EEUU, que debía ser resguardado, cercado y utilizado, con todas sus riquezas naturales y su potencial humano, carne de explotación y carne de cañón baratas, para servir los intereses del imperialismo. Y concretamente, en una nueva guerra de agresión contra la URSS. Era un primer eslabón, que luego se enlazaría con la OTAN y otros instrumentos análogos.

En una conferencia dictada en 1947 en la universidad de Fulton (EEUU), Churchill dio una nueva y gruesa capa de barniz "ideológico" a los planes antisoviéticos del imperialismo. De hecho llamó a una verdadera cruzada armada contra la URSS, entendiéndose bien, armada con la bomba atómica. La URSS no tendría otra alternativa que arrodillarse o ser destruida con golpes atómicos. El horror del genocidio de Hiroshima y Nagasaki, era el "argumento convincente" del chantaje atómico. En las páginas centrales de un ejemplar de la revista norteamericana para millonarios "Fortune" ("Fortuna", el nombre adecuado), pude ver con mis propios ojos una ilustración a todo color, hecha con imaginación dantesca, de Moscú en llamas como consecuencia de un bombardeo atómico. Los círculos agresivos de EEUU estaban convencidos de que dispondrían por largos años del monopolio del arma atómica. Poco les duró el contento; cuatro años después de Hiroshima, la URSS tenía su propia bomba atómica. Con la bomba de Hidrógeno el plazo fue mucho más corto, apenas un año.

Usando siempre el falso pretexto de la amenaza soviética, los EEUU y otros países imperialistas se lanzaron a preparar la agresión contra la URSS con un método que no deja de tener semejanza con el utilizado por los nazifascistas. Cubrieron el mundo con una tupida red de bases militares que ostensiblemente cercaban el territorio soviético. Al estilo del Plan Truman, formaron pactos antisoviéticos en las grandes zonas estratégicas del planeta (OTAN, SEATO, ANZUS, etc.). Ocuparon en 1950 la isla china de Taiwan y, con el beneplácito de Chiang Kai-Shek, la convirtieron en una enorme base, el "portaviones flotante", dirigida contra la República Popular China y el Oriente soviético.

En ese mismo año, provocaron el estallido de la guerra de Corea, con la intención de desplazar hacia el norte, hasta las fronteras de China y la URSS, las zonas controladas por ellos. Era el primer experimento en gran escala de encender "guerras locales". La guerra fue muy dura y cruenta, y amenazaba la existencia misma de la República Popular de Corea (del Norte). Voluntarios chinos pelearon junto con ella para defenderla. La guerra duró hasta 1953. Salvadas todas las distancias, el episodio no dejaba de tener parecidos con la guerra civil española y la intervención nazifascista en ella; ahora fueron los Estados Unidos los que intervinieron abiertamente. Vale la pena señalar que, comprendiendo lo que estaba en juego, la clase obrera uruguaya realizó un paro general reclamando el cese de la guerra. Pero no sucedió esta vez lo que en España: los imperialistas no lograron su objetivo estratégico y tuvieron que transar con un cese del fuego que dejaba las cosas en una situación muy semejante a la del inicio de la guerra. El mundo de los años 50, gracias a la victoria sobre el nazifascismo, era muy diferente del de los años 40.

En Medio Oriente, los países imperialistas, particularmente los EEUU, financiaron, armaron y apoyaron a Israel desde todos los puntos de vista, en las múltiples agresiones contra los pueblos árabes, que aun hoy no han cesado. En América Latina, la historia de las agresiones norteamericanas es de muy larga data: podría mencionarse a Panamá (en 1903, la época del "gran garrote", cuando T. Roosevelt era Presidente de los EEUU), México y tantos otros. Pero, limitándonos a la postguerra, hay que mencionar a Guatemala (1954), Cuba (1961), Santo Domingo (1965), las Malvinas (llevada a cabo por Inglaterra pero con el apoyo expreso de los EEUU) y, últimamente, Granada y Nicaragua; todo esto sin contar con el apoyo abierto (CIA y otras agencias mediante) a todos los golpes de carácter fascista en el continente, dirigidos a aplastar movimientos populares avanzados, entre los cuales es preciso mencionar los que nos tocan más de cerca: Brasil (1964), Uruguay y Chile.



19 40 años
de la liberación del fascismo

En fin, en el Sudeste asiático, el heroico pueblo vietnamita, casi no ha podido deponer las armas, desde las luchas de preguerra contra el colonialismo francés; luego, durante la guerra, contra los japoneses; terminada la guerra, otra vez contra los franceses que querían recuperar su posesión colonial; por último contra el propio imperialismo norteamericano a quien derrotó en una gesta casi increíble, contando con la solidaridad de la URSS y los países socialistas y de los pueblos de todo el mundo. El ejemplo de Vietnam, como antes el de Cuba y otros muestran cómo, gracias al cambio de la correlación de fuerzas mundiales, que, en última instancia, reposa en el triunfo de la URSS y de los pueblos democráticos en la guerra contra el nazifascismo, así como en los profundos cambios sobrevenidos en la correlación de fuerzas a nivel mundial que resultan de las revoluciones socialistas en diversos países de Europa, Asia, África y América Latina y de las revoluciones anticolonialistas, de liberación nacional, en el llamado Tercer Mundo, permite hoy que aun pequeñas naciones decididas a luchar en cualquier terreno por su liberación nacional y social, y contando con el inmenso apoyo que ahora son capaces de dar miles de millones de hombres y mujeres de todo el mundo, puedan derrotar al imperialismo.

La lucha por la paz

Son esas mismas condiciones las que han impedido el estallido de una Tercera Guerra Mundial en estos 40 años, pese al empeño constante de los imperialistas, particularmente norteamericanos por desencadenarla. Pero este éxito considerable de la humanidad ha estado, en todo este lapso, siempre amenazado de quebrarse, y sigue estándolo. Por eso, la lucha por la paz constituye, desde la finalización de la guerra contra el nazifascismo, un objetivo central de los pueblos.

Poco después del comienzo de la guerra fría, en 1949, se reunió en París una gran asamblea de representantes destacados de un gran número de países, que pusieron en marcha un enorme movimiento de masas, probablemente el más grande de toda la historia de la humanidad, el Movimiento Mundial por la Paz. A lo largo de más de 35 años, se ha desarrollado más y más, reuniendo periódicamente Congresos Mundiales y dirigido, entre ellos, por un organismo internacional muy amplio, el Consejo Mundial de la Paz. La última reunión de éste fue la que se desarrolló hace poco en Moscú, en que fue condecorado el compañero general Seregni, que presidió una de sus sesiones.

El Uruguay estuvo representado por dos de

sus intelectuales ya en la reunión fundacional de París. A su regreso, se empezó a trabajar por la constitución y desarrollo del Movimiento Uruguayo por la Paz. Fue un gran movimiento de masas de nuestro país, en el cual tuve también el honor de trabajar varios años como Secretario General y representante ante el Consejo Mundial. En momentos críticos de la tensión internacional, el Consejo Mundial celebró una reunión en la que se aprobó un Llamamiento que se llamó de Estocolmo, porque fue la capital de Suecia la sede de la reunión. Era un llamado ardiente contra el peligro de una nueva guerra mundial y particularmente de una guerra atómica, así como contra toda suerte de guerras locales. El Llamamiento recibió el apoyo de millones y millones de personas, que lo firmaron en todo el mundo. En el Uruguay, nuestro Movimiento logró reunir varios cientos de miles de firmas, gracias al trabajo abnegado de miles de militantes en todo el territorio nacional. Hoy el Movimiento Mundial es sumamente poderoso y ha contribuido además a que actúen eficazmente a favor de la paz muchas organizaciones y personas que no lo integran orgánicamente.

Poco después de la horrenda tragedia de Hiroshima y Nagasaki, los dos grandes científicos mundiales Bertrand Russell y Albert Einstein, el segundo de los cuales, 30 años antes, había previsto teóricamente la posibilidad de la utilización de la energía atómica, que era una inmensa conquista de la humanidad si se la empleaba exclusivamente para fines pacíficos, pero que sería espantosamente catastrófica en una guerra atómica generalizada, hicieron un llamado conjunto en que decían: "Si el peligro es comprendido, entonces hay posibilidades de evitarlo. Hablamos como miembros de una especie cuya existencia está amenazada". En aquel momento, pocos científicos y sólo una parte relativamente pequeña de esa especie humana comprendía el peligro. En lo que dijeron los dos sabios se puede advertir un dejo de soledad desesperada. Hoy en día, si bien el peligro es más grave que nunca, ya es comprendido por centenares o miles de millones de seres humanos y por eso, como ellos decían, puede ser evitado. Cien países no alineados, en los cuales vive una parte considerable de la humanidad, han votado por la destrucción de todas las armas atómicas. Grandes masas populares de los Estados imperialistas europeos se movilizan en favor del desarme nuclear, de impedir la proliferación del armamento nuclear a nuevos países, de enfrentar firmemente proyectos demenciales como el de la militarización del cosmos, al cual se oponen incluso algunos Estados de la OTAN; claro está que la Unión Soviética y todos los Estados socialistas apoyan consecuentemente estos objetivos

El peligro es escalofriante, pero también son enormes las fuerzas que lo enfrentan conscientemente. A ello se debió que, en la década del 70, se crearan condiciones favorables a la distensión internacional y al diálogo pacífico, que se expresaron en los acuerdos logrados en Helsinki. Sin embargo, el imperialismo norteamericano, particularmente desde que el fascista demencial Reagan, émulo de Hitler, al que los estudiantes madrileños acaban de condecorar, justamente, con el título de Doctor Horroris Causa, llegó a la Presidencia de los Estados Unidos, ha pasado a sabotear abiertamente los acuerdos de Helsinki y a colocar al mundo, otra vez, al borde del abismo. La situación mundial se ha agravado enormemente y ha hecho retroceder el clima de diálogo, obstruyendo los caminos de un acuerdo para el desarme nuclear. La actual gira de Reagan a Alemania Occidental, particularmente su gesto provocativo de visitar un cementerio de tropas de asalto nazis, es un desafío a la conciencia antifascista de toda la humanidad, es una afrenta intolerable infligida a los 55 millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial. No por casualidad, ella ha levantado una gigantesca oleada de indignación en los países de Europa, incluida Alemania Occidental, hasta en los propios Estados Unidos, hasta llevar a que sea duramente condenada por el gobierno de Israel, siempre aliado del imperialismo norteamericano y que lo ha apoyado en todas sus aventuras bélicas, incluso en América Latina.

A la agravación inmensa del peligro mundial que estamos viviendo hay que responder con una tensión inaudita, un clamor avasallante, de todos los hombres y mujeres del mundo amantes de la paz. Y pueden y deben ser absolutamente todos, salvo una insignificante minoría de herederos del nazifascismo. La humanidad no puede tolerar que se quiebren estos 40 años de paz mundial. Como decían hace 40 años Russell y Einstein, es la propia existencia de la especie humana la que está amenazada.

Para nosotros, latinoamericanos, además de la contribución que debemos hacer al triunfo de la causa de la paz mundial, nos toca también, especialmente, defender la paz en América, indisolublemente ligada a aquélla. Hay que saber que la paz en América está hoy mucho más gravemente amenazada que antes. En documento llamado de Santa Fe, elaborado en secreto pero cuyo texto íntegro ha podido ser conocido, y destinado a servir de pauta para la política internacional del imperialismo norteamericano hacia América Latina y, más concretamente, para la política de Reagan, es de una tremenda brutalidad. Expresa, por ejemplo, que: "La guerra y no la paz es la norma que rige los asuntos internacionales"

En otra parte afirma: "Ninguna potencia extranjera hostil será autorizada a mantener bases o aliados militares o políticos en la región" (Se entiende que "hostil" no significa otra cosa que "que no acepte someterse a la voluntad de los Estados Unidos".) Por fin, dice con todas las letras: "En caso contrario y si la propaganda falla debe lanzarse una guerra de liberación contra Castro" (Se olvidan de que, hace más de 20 años, ya lanzaron una "guerra de liberación contra Castro" y que el pueblo cubano en masa no sólo no aceptó ser "liberado" sino que le dio a los agresores una tremenda paliza.) El contenido general del documento es la reiteración superlativa de la tesis imperialista de que América Latina es el "patio trasero" en que sólo los Estados Unidos dominan y prescriben sin apelación qué es lo que se puede hacer y qué no se puede hacer, sin importar nada la voluntad de los pueblos, es la afirmación tajante de que nuestros países están condenados, para la eternidad, a ser vasallos sin otra voluntad que la que dicten los EEUU, todo ello con la guerra abierta como telón de fondo.

Y no se trata de palabras vanas. Toda la historia de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, particularmente en los últimos años, lo abona sin dejar un resquicio para la duda. No podemos olvidar lo que pasó con Cuba y con Granada, lo que está pasando con Nicaragua y con El Salvador. Fracasando ante el propio Congreso de los Estados Unidos en las medidas que propuso para desatar la agresión contra Nicaragua, Reagan impone el bloqueo económico. Empuja así a Nicaragua a buscar abastecerse en otros países. Pero éstos, en la interpretación del documento de Santa Fe, serán considerados "países hostiles" (y no hace falta para ello que se trate, por ejemplo, de la Unión Soviética) con lo que ese abastecimiento, "no será autorizado", porque así se le antoja a los EEUU; y si hay "desobediencia" el castigo será la guerra. ¿Los rebeldes salvadoreños no se someten? ¡Pues guerra! ¿Cuba no se somete? ¡Pues guerra! Y no nos hagamos ilusiones, ¿Uruguay no se somete, no acepta los dictados del Fondo Monetario Internacional, amplía relaciones comerciales con la URSS, restablece las relaciones con Cuba? ¡Pues también guerra!

No incurro en tremendismo, ni exagero un ápice. Ese es el pensamiento de Santa Fe, ése es el pensamiento de Reagan. Pero eso no significa fatalismo ni sumisa aquiescencia. Del pensamiento de Reagan a la realidad media un gran trecho. Y ese trecho hay que ensancharlo precisamente con nuestra firmeza y decisión, precisamente reforzando al máximo la lucha contra la dependencia de los Estados Unidos, la lucha por una auténtica libertad y autodeterminación, en el marco de una vasta, amplísima

lucha por la paz en América y en el mundo. Hemos derribado a la dictadura, aunque a Reagan no le gustaba; pues, ¡bien por nosotros y peor para Reagan! El gobierno democrático ha recibido a Ortega y a representantes de Cuba, apoya al Grupo de Contadora, acaba de manifestar su oposición al bloqueo económico de Nicaragua. Todo esto no le gusta nada a Reagan. Pues, ¡bien por el gobierno uruguayo y peor para Reagan! ¡Y que sean todavía más firmes y audaces las actitudes que se tomen frente al Fondo Monetario, que los intereses del pueblo uruguayo, que las justas y legítimas aspiraciones de nuestro pueblo se antepongan a las pretensiones de los banqueros internacionales! Reagan se niega a hablar de nada que no sea guerra y sometimiento, pero, aunque no le guste, comprende y tendrá que comprender el lenguaje de la dignidad, de la firmeza, del enfrentamiento a sus planes demenciales.

Pero no alcanza con lo que hacemos. Tenemos que emprender a un nivel mucho más

alto la lucha por la paz en nuestro país y en el mundo, por la solidaridad y estrecha unidad con nuestros hermanos latinoamericanos, con los pueblos del Tercer Mundo, con todos los países amenazados por la agresión imperialista. Este mismo acto no podría ser una auténtica celebración de la victoria mundial sobre el nazifascismo si al mismo tiempo no fuera un acto de ardiente solidaridad con la heroica Nicaragua.

Amigos y compañeros:

Hemos tratado de trazar un panorama que, centrado en el día de la victoria sobre el nazifascismo, hito fundamental en la historia de todo el mundo, recorriera todos los más importantes acontecimientos que prepararon la guerra y que continuaran después de que ella terminó. La historia no se detiene nunca, ella plantea ante los pueblos todos, ante los latinoamericanos, ante nosotros, uruguayos, inmensas tareas y problemas en el largo camino hacia un mundo y una patria



SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE JUNIO DE
1985 EN LOS TALLERES
DE
CENTROGRAF. S. R. L.

DEPOSITO LEGAL N°
.197727.

40
años
de la derrota
del fascismo